



LA MUJER Y EL BRUTO

POR

PATSY RUTH MILLER,
NORMAN KERRY, ETC.

N.º 85

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 85

La Mujer y el Bruto

*Novela dramática, de asunto profundo,
interpretada por la gentil artista*

Patsy Ruth Miller

y el popular galán

Norman Kerry

entre otros



Joya UNIVERSAL

Exclusiva de

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 253 - Barcelona

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura militar.

J. HORTA, Impresor. - Cortes, 719. - Barcelona



La Mujer y el Bruto

Argumento de la película

El vapor "Reina María", en su travesía desde Sidney (Australia) a San Francisco de California, conducía a bordo la Compañía de Circo "Livingston", formada, principalmente, por una gran cantidad de fieras amaestradas.

Juan Livingston, de carácter independiente y espíritu aventurero, regresaba a su país después de diez años de vida errante.

Su esposa, intrépida domadora, le amaba con toda su alma y no había conocido más vida que la del Circo.

El motivo de ese viaje era trascendental. Se trataba de un sacrificio en aras del deseo de hacer feliz a una persona muy ligada a ellos.

He aquí de lo que se trataba:

Livingston había recibido en Sidney el siguiente telegrama de su padre, en contestación a una carta suya suplicándole benevolencia para él y su familia:

No perdono tu desobediencia al casarte con una domadora, de quien abomino, pero estoy dispuesto a abrir mis brazos a mi nieta Lorena, a quien educaré como corresponde a una Livingston, siempre que vosotros renunciéis a todos vuestros derechos sobre ella.

Henry Livingston.

La pobre madre no se consolaba de tener que separarse para siempre de su hijita adorada, pero Livingston insistió en que debían sacrificarse, ya que ellos, en su vida bohemia no podían ofrecer a aquélla ningún porvenir risueño, sino siempre angustioso.

La niña, ajena a lo que representaba para sus padres el decidirse a acceder a la exigencia del abuelo, jugaba sobre cubierta con un elefante y un león de cartón, ejercitándose ya en amaestrar fieras de tal especie sin demostrar el más ínfimo miedo...

Entre los animales del Circo estaba Bimi, un gorila sentimental, que quería, instintivamente, a Lorena, habiéndose convertido en su guardián día y noche.

La travesía se realizaba feliz, pero una noche les sorprendió un tifón, ese viento huracanado de los mares del Sur, y la situación creada por tal imprevisto fué espantosa.

—¡Estamos perdidos! ¡Todo el mundo sobre cubierta! — gritó el capitán del buque.

La confusión era horrible. Pisoteábanse unos pasajeros a otros, y perforaban el clamor de los naufragos las heridas abiertas — cada vez más numerosas — en los costados de la embarcación.

Las fieras habían roto sus jaulas y eran dueñas del barco, contribuyendo a aumentar la confusión.

Y llegó el momento temido y fatalmente inevitable de procurar cada cual por su vida, poniéndose de manifiesto una vez más el egoísmo humano en casos desesperados, perdida toda serenidad y, en tales momentos, todo sentimiento noble.

Pero Bimi, que había sabido encontrar a Lorena, se encargó de salvarla, lográndolo; y se hallaba con ella sobre una tabla, en la que también se mantenía a flote una jaula con varios leones.

En tanto, en el fastuoso palacio que poseía Henry Livingston en San Francisco de California, verdadera joya arquitectónica de granito, mármoles y cristal, cuya dureza y frialdad parecía corresponder a la impresión moral que causaba, a primera vista, su dueño, éste esperaba recibir la visita de su nietecita, para no dejarla marchar jamás, dispuesto a hacerla su heredera.

La rudeza del potentado tenía su lógica explicación. Estaba haziado de todo, por lo fácil que le había sido siempre el logro de cuanto se propusiera. Pero lo más importante, lo que tenía mayor parte en su desdén hacia todo, era la falta de afecto a su alrededor. Era, simplemente, un

pobre rico, un hombre forrado de oro cuyo calor ahogaba su alma.

La esperanza de que su hijo accediese a re-



Bimi se encargó de salvarla, lográndolo.

nunciar en su favor a su hija le daba nuevos alientos para no caer en la oscura cárcel del aburrimiento hasta la muerte.

¡Cuán ajeno estaba el pobre hombre a lo que

ocurría en una isla de mares inexplorados hacia cuya playa empujó el azar la tabla de salvación en que iban Lorena, Bimi y los leones!

Los caníbales de las islas cercanas acudían atraídos por el botín del naufragio, pero Bimi, que había comprendido el peligro que corría Lorena, desplegó todas sus artimañas para librarla de esos enemigos, consiguiendo ahuyentarlos, después de haberse arrojado, desde varios cocoteros, sobre cada uno de los salvajes, que, horrorizados, regresaron al punto, como almas que llevara el diablo, hacia su tribu, situada en el corazón de aquellos parajes.

Pasaron unos días, y al fin el abuelo de Lorena recibió la confirmación de que su nieta viajaba también, con sus padres, en el "Reina María" naufragado por un ciclón, sin supervivientes.

De modo que debía resignarse a no ver jamás a tal nieta que había llegado a apoderarse de tal manera de su espíritu, que parecía que la hubiese conocido de toda la vida, cuando sólo la viera en fotografía...

Y el anciano, tan solo con sus millones, se sentía, por primera vez, presa de una angustia infinita.

De pronto, como surgiendo de un panel de la pared hacia la cual don Henry fijaba extraviadamente sus ojos, Lorena acercóse a su abuelo, tendiéndole sus bracitos de color de rosa.

Don Henry, ahogando un grito de sorpresa en su garganta, miró fijamente a la criatura; y ésta pronunció cariñosamente:

—¡Abuelito... ampárame!

¡Oh, era Lorena, su nietecita! Don Henry quiso estrecharla en sus brazos, pero la aparición se esfumó... y el fantasma angelical de la voz suplicante le enterneció de tal suerte, que, obsesionado por la idea de que su nieta le avisaba que no había perecido en el naufragio del "Reina María", determinóse a dedicarse al espiritismo, con la esperanza remota de encontrarla.

Y aferrado a tal idea, transcurrieron doce años, y aun continuaba luchando para que las Ciencias Ocultas le revelasen la existencia real de aquella extraña visión...

Esa pertinaz insistencia en pretender que Lorena vivía, molestaba enormemente a Tomás Hartley, único heredero de la fortuna de don Henry puesto que él era, después de Lorena, que, según él, había perecido ahogada como el resto de la tripulación del barco, el pariente más próximo del potentado.

Tomás acompañaba a su tío en sus visitas a los especialistas en leer en lo ignoto, con el vago temor, que cubría con risitas burlonas, de que llegase algún día a saber algo que pudiese perjudicarle en su afán de cobrar los millones del viejo.

Chester Kolby, abogado de don Henry, no era un sujeto recomendable, por cuanto traicionaba a su administrado, aconsejando secretamente a Hartley a cambio de la promesa de una participación en la herencia de su tío.

Aquel día, esperando a don Henry en el *auto*,

Hartley dijo a Kolby, fastidiado de tanta visita a médiums y demás vividores:

—Es el colmo de la chifladura creer que su nieta vive aún. Y lo más criminal es que nadie le desengañe.

—Claro, para continuar sacándole dinero...

La aparición de don Henry interrumpió la murmuración, y un poco después, deslizándose el *auto* por una avenida, ocurrió algo insospechado.

Fué lo siguiente:

Don Mackay, un joven pulcramente vestido, de rostro simpático y ojos soñadores, oriundo de la India, cuna del ocultismo, era un vidente platónico, cuya rara habilidad no le había producido una sola peseta. Prueba de ello era el hecho de que había tenido que apoyarse en una farola para resistir el mareo que acababa de producirle su debilidad. Bruscamente echó a andar, para atravesar la calzada, pero a los primeros pasos tropezó con el coche de don Henry, afortunadamente sin que ocurriera una gran desgracia, pues el *chauffeur* dominó en seguida el freno, no causando el hambriento ninguna herida.

Pero Mackay había quedado en tierra, imposibilitado de ponerse en pie por sus medios naturales, y don Henry, en cuyo pecho había despertado la ternura, se compadeció de aquel hombre y lo condujo a su casa.

Kolby, como abogado, creyó que don Henry había hecho conducir a Mackay a su regia casa para poder negarse mejor a pagarle cualquiera indemnización por el atropello, y su palabra de

farsante vibró en la biblioteca, delante del viejo y de su sobrino.

—Oiga usted, amigo. No se puede andar distraído. Se ha metido usted materialmente debajo del *auto*. Gracias a que ha tropezado usted con personas razonables que están dispuestas a recompensarle...

Mackay le atajó, que es lo que esperaba el abogado:

—Lo que ustedes quieran; soy fatalista; estaría escrito. ¡Lo que ha de suceder, sucede! ¿Para qué rebelarse contra el Destino? El sino de las criaturas las acompaña desde la cuna hasta el sepulcro y aun, a veces, un poco más allá.

Don Henry, asombrado, aproximóse a Mackay, impidiendo que Kolby le dirigiera otra frasecita de las suyas para despedirle.

Hartley y Kolby, extrañados, sospecharon a una que don Henry iba a simpatizar con el oriental, por sus teorías acerca del espiritismo.

En efecto, don Henry, tocando en un hombro a Mackay, en son de familiaridad, le dijo:

—¿De modo que usted cree en el poder del espíritu?

—Sí, señor; soy un fanático de la ciencia del ocultismo y creo que la materia no es más que una vibración... ¡El espíritu es la fuerza del Universo!

Don Henry, satisfecho de tal respuesta, le tendió la mano, mostrándose conforme con su opinión.

—Eso creo yo; que para los espíritus no existen los obstáculos de la distancia, del espacio, ni

del tiempo... ¡Cómo consuela esa teoría!... ¿Quiere usted aceptar mi hospitalidad y ayudarme a descubrir el misterio de una existencia humana?

Hartley no pudo reprimir un gesto de contrariedad, y Kolby también consideró estúpida la intromisión de Mackay en el asunto que le tenía sorbido el seso a don Henry.

En la selva tropical, Lorena se había hecho mujer, viviendo entre salvajes, que la reverenciaban como reina de la Creación.

Muchos eran los peligros por que había pasado la gentil muchacha, pero de ellos la había librado siempre, con bravura inenarrable, el fiel Bimi.

Siguieron pasando los días, durante los cuales don Henry y Mackay trabajaban juntos en investigaciones misteriosas para descubrir el paradero de Lorena.

Después de innúmeras pruebas, don Henry dijo a su ayudante:

—¡Haga ese último ensayo! ¡Yo se lo suplico! Mackay respondióle:

—Únicamente lo consiguen ciertos seres superiores. Yo soy indigno de tal privilegio.

Pero don Henry insistió tanto, que Mackay, sentándose frente a una bola de cristal, se dispuso a procurar leer lo que a su generoso protector le interesaba saber.

Hartley y Kolby soportaban con violencia la

**

presencia del oriental en la casa, y muy silenciosamente asistieron a la increíble prueba que iba a desenmascarar, según ellos, al "vivo".

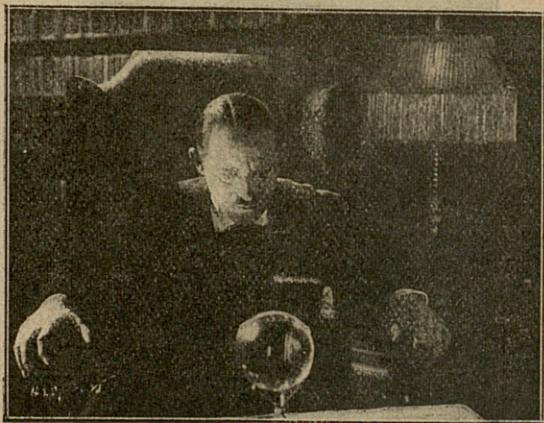


En la selva tropical, Lorena se había hecho mujer...

Mackay permaneció unos minutos en el más absoluto silencio, y esforzándose mucho pudo, al

fin, ver algo en la bola, lo cual refería a medida que lo iba viendo.

—Veo un buque luchando con un furioso temporal... Cunde el pánico entre los viajeros.



—Veo un buque luchando con un furioso temporal.

Don Henry asentía. Era verdad. Había habido un naufragio. Pero ¿qué había sido de su nieta?

—...algunos náufragos luchan con las olas desesperadamente. Todos los pasajeros perecen...

¿Todos los pasajeros? — se preguntaba angustiosamente don Henry—. ¿También Lorena?

—Veo la playa de una isla tropical... — prosiguió el vidente.

¡Ah! ¡Una isla! ¿Y qué había en esa isla?

—...en ella vive una mujer — añadió Mackay

¡Una mujer! ¡Una mujer!

—¿Será Lorena? — preguntó don Henry.

El médium despertó de su sueño, no siéndole posible ver más. Pero ya había visto bastante. En esa isla tropical, una isla indeterminada, había una mujer. Sí. Ella sería Lorena. El espíritu no había engañado a don Henry.

Hartley y Kolby, intranquilos, maldecían la ocurrencia que tuvo Mackay de ponerse en el camino de don Henry, pues si resultaba cierto que Lorena vivía, la herencia, que correspondía al primero, desaparecería en favor de la naufraga resucitada.

Don Henry, sin pérdida de tiempo, dió órdenes para emprender la expedición hacia los mares en una de cuyas islas se encontraba la mujer vista por Mackay.

Hartley y Kolby formaron parte con don Henry y el oriental de esa expedición, navegando en el yate del millonario.

El viaje se efectuó sin contratiempo alguno, y después de una exploración laboriosa alrededor de la zona donde se suponía perdido el buque, Mackay hizo enfilarse la proa hacia la isla en que Lorena vió deslizarse su niñez y su adolescencia.

Lorena y Bimi habían presenciado desde la playa las maniobras que hacía el yate, y al ver que un bote surcaba las aguas de la costa en dirección a tierra, ella sintió como una esperanza

y el gorila hizo una mueca de rabia. ¿Por qué llegaban hombres a turbar la paz que respiraba Lorena, en su compañía, en la isla?



Lorena y Bimi habían presenciado desde la playa las maniobras que hacía el yate...

El bote en que iban Mackay, don Henry, Hartley y Kolby tocó las arenas de la playa, y Bimi y Lorena se apartaron, huyendo hacia el interior de la isla.

Al desembarcar, Mackay dijo a don Henry, dispuesto a explorar la isla corriendo él solo los peligros que surgiesen a su paso:

—Usted me ha seguido ciegamente y yo debo corresponder a esa fe haciendo frente, solo, a los imprevistos de esta empresa aventurera... Si no he vuelto en una hora, vengan a buscarme.

Don Henry no quería dejar partir sin compañía a Mackay, pero éste insistió tanto, que hubo de acceder.

Lorena, guiada por la curiosidad, dejóse por un momento, y encaramóse a un árbol. Mackay, al descubrirla, sintió que su pecho se dilataba de emoción. ¡No le había engañado su ciencia! ¡La bola de cristal no había mentido!

Sigilosamente acercóse al árbol en que se había subido la nieta de don Henry, y muy galante y cariñoso, sorprendido de la belleza de Lorena, la invitó a reunírsele.

—No hemos venido a causarle ningún daño; sino todo lo contrario.

Pero Bimi, exacerbados sus celos por la presencia de Mackay, se abalanzó sobre él, teniendo que gritarle Lorena que no le hiciese daño, ahuyentando al simio de allí.

Entonces, movida por la curiosidad, la doncella se acercó al extraño personaje.

Mackay, radiante de su triunfo, trató de explicarle quien era ella.

—¿No te acuerdas de tu salida de Sidney en un barco muy grande?

—No... no... nada...

—¿De veras que no recuerdas nada? ¿Ni el Circo tampoco? Haz memoria.

Lorena siguió escuchando a Mackay con sunia

atención, y poco a poco parecía que el pasado volvía, aunque tenuemente, a su espíritu.

—Mis padres... mi abuelo... — murmuró.

—¿Recuerdas algo ya...?

—Sí... Me llevaban a casa de mi abuelo...

—Eso es... Pero el vapor naufragó...

—Sí, sí... y mis padres no vinieron aquí conmigo... Sólo vine yo con Bimi y unos leones y el elefante... Recuerdo, recuerdo...

Hablando del pasado, como dos buenos amigos, Mackay no se había dado cuenta de que la hora convenida con don Henry había pasado ya, y éste, con Hartley y Kolby y unos servidores, salieron en su busca, y le sorprendieron platicando con Lorena.

Don Henry quedó maravillado al ver a su nieta, y ni que decir tiene que Hartley consideró desbancado, enojándose, por la parte de interés que le correspondía, el infiel abogado.

Mackay, demostrando con una sonrisa la satisfacción de su triunfo, acercó a Lorena a su abuelo, y le dijo:

—Este señor es el padre de tu padre. Hace mucho tiempo que te busca.

Lorena miró con irreprimible prevención al abuelo, pero tranquilizada por las tiernas miradas que él le dirigía, se dejó apresar en sus brazos, besándole.

Hartley saludó fríamente a Lorena, y Kolby no se molestó siquiera en inclinar la cabeza.

Don Henry tenía grandes deseos de encontrarse ya en su casa al lado de su nieta, a la que

transformaría en gran señora, pero Mackay, muy sensatamente, arguyó:

—Comprendo su ansiedad, don Henry, pero considero que ni debemos ir a bordo ni salir en viaje de regreso. Parece mejor que nos quedemos aquí hasta que Lorena se acostumbre a nosotros y no resulte para ella tan brusco el cambio de vida.

Don Henry aprobó el parecer de Mackay, y los exploradores levantaron allí mismo una tienda de campaña, para pasar en la isla unos días.

—Aquí tienes al señor Mackay, a quien todos le debemos gratitud por haberte traído a mis brazos. Fíjate en él, que te enseñará modales y educación — dijo el abuelo a Lorena.

La muchacha sonrió a Mackay, y éste, identificándose con el rôle de profesor que acababa de serle conferido, correspondió a la dulce sonrisa con una reverencia de caballero.

Una de las primeras operaciones a que fué sometida Lorena para adaptarse a la civilización, fué la de vestirse ropas propias de su sexo, para cubrir las tentadoras desnudeces que mostraba en la selva.

Las mangas del vestido parecíanle pies a la salvaje hermosa, y pacientemente, Mackay le dió las oportunas indicaciones.

Mientras que Bimi, el pobre gorila, espiala, desde lejos, todos los movimientos de Lorena y de sus nuevos compañeros.

*
**

Decididamente, a Hartley y a Kolby no les había hecho ninguna gracia el éxito de la expedición.

Pero el abogado, que no se resignaba tan fácilmente a considerar perdida la herencia de Hartley, aguzó su talento puesto al servicio de malas artes, y dijo a su cómplice:

—¿Por qué no te decides a hacer el amor a Lorena? ¡Ay, si yo tuviera tu edad!

—¿Hacerle yo el amor a esa salvaje, por bonita que sea? ¡Quita, hombre, quita!

—¿No comprendes que si tú no lo haces, se va a casar con ella ese pobre diablo de Mackay?

—¡Caramba! Pues es verdad. No había pensado en tal cosa. Tienes razón... Ese intruso sería muy capaz... Pero yo le estorbaré, naturalmente, no por ella, sino por el dinero que nos corresponderá a ambos...

A la primera ocasión, siguiendo el consejo de Kolby, Hartley acechó a Lorena en espera del

momento oportuno, con la misma paciencia que el cazador acecha la presa.

Kolby se encargaba de entretener a Mackay para que el otro pudiese operar más libremente.

Peró ocurrió que a Lorena no le fué simpático Hartley, no dando oídas a sus pretensiones amorosas, y que Mackay, al ver a Lorena hablando con Hartley, se separó de Kolby reuniéndose con la bella salvaje, apartándose de la misma, al verle a él, Hartley.

Lorena, al alcanzarla Mackay, por quien sentía viva simpatía, le dijo:

—Oye, tú, el señor Hartley me ha dicho que "me ama". ¿Se puede saber qué es eso?

Mackay no contestó, y poniéndose, en pocos pasos, frente de Hartley, le recriminó su audacia haciéndole el amor a una muchacha que no sabía de qué le hablaba y cuya buena fe era tan fácil de sorprender...

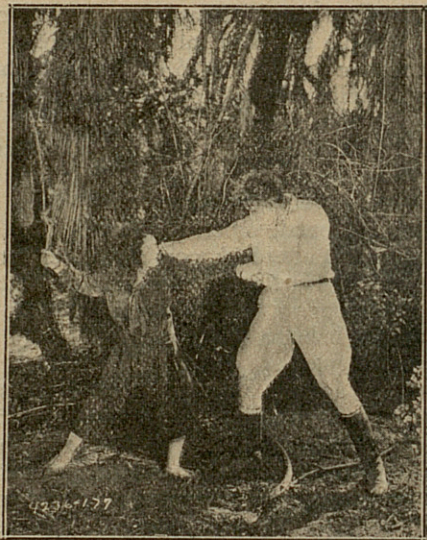
Hartley no aceptó las justas observaciones de Mackay, y los dos hombres se libraron a reñida pelea, presenciada por Kolby, que se guardó de intervenir, y por Lorena, que, inconscientemente, se deleitaba con aquel espectáculo nuevo para ella, y más viendo que era su amigo el que llevaba la mejor parte.

Mackay no quiso llevar las cosas a un terreno trágico, y después de administrar una merecida paliza a Hartley, de hombre a hombre, le dejó en paz.

Al poco, don Henry dijo a todos:

—¿No les parece a ustedes que ya es hora de que emprendamos el viaje de regreso?

Quedó aceptada su proposición, y Lorena, no olvidándose de su más fiel amigo, dijo a su abuelo:



La doncella, atacada, se defendió valerosamente...

—Supongo que Bimi vendrá con nosotros, ¿verdad?

Primero don Henry se negó a acceder al de-

seo de su nieta, pero Mackay, viendo la tristeza de Lorena, le hizo cambiar de opinión, quedando convenida la partida de Bimi con ellos.

En breve abandonaría el yate aquellos parajes, tan pronto como los tripulantes hubiesen llegado a él procedentes de la isla.

Faltaban pocos minutos para que los botes fuesen puestos a flote, cuando Hartley, que, rencoroso, no se había dado por vencido, salía, en un apartado lugar, al paso de Lorena, con bajos instintos, dispuesto a todo por el vil interés.

La doncella, atacada, se defendió valerosamente, pero era inminente su derrota en brazos del infame. Entonces, presa de desesperación, la muchacha llamó en su auxilio al gorila, que andaba cerca.

—¡Bimi! ¡Bimi!

Y el simio, al oírla, enfureció, y, todo un hombre, se lanzó contra Hartley... que era todo un bruto, no pudiendo evitar Lorena la horrible tragedia que hacía prever la cólera del gorila.

El abuelo y Kolby, acompañados de Mackay, llegaron, poco después, hasta donde estaba Lorena, y preguntáronle por Hartley, señalándoles ella el lugar donde había caído sin vida.

En la mente de todos se alzó la interrogación del nombre del criminal... pero la aparición de unos leones por las cercanías les dio a entender que uno de los reyes de la selva había hundido sus fauces en el infeliz Tomás; pudiendo así, Lorena, llevarse a Bimi, ignorando todos que era un criminal.



Don Henry, de regreso, celebró con una gran fiesta la presentación de su nieta en sociedad.

Mackay, convertido en maestro de ceremonias, estaba encantado de su misión cerca de la hermosa salvaje, que poco a poco se pulía por obra y gracia de su interés en que fuera envidia de todos.

Naturalmente, una salvaje no está en su centro en una reunión de gente hipócrita, que ha estudiado la mayoría de sus gestos delante de un espejo, y cuya voz, a veces, es tan falsa como su corazón.

En la mesa era en donde Lorena pasaba más apuros, no perdiendo un solo detalle de Mackay, que se esforzaba en evitarle torpezas, haciéndole señas discretas para indicarle cómo debía comer tal o cual cosa.

Bimi, el pobre gorila, celoso, buscaba a Lorena, a la que no había visto aquella noche, y no pudo resistir el deseo de reunirse en la mesa, sembrando su aparición en el comedor un gran

pánico en los invitados, que huyeron en todas direcciones, desmayándose algunas damas.

Kolby gritó, después de que Lorena hubo lla-



...tumbóse a dormir en el suelo...

mado enérgicamente al orden al simio, mandándole por unos criados a su cuarto:

—¡Hay que matar a ese animal!

Alguien iba a hacerlo, pero Lorena, dirigiéndose furiosamente a Kolby, lo zarandeó por las solapas, y contestóle:

—¡Bimi no es un animal! ¡El animal lo es usted!

Luego estalló en furioso llanto.

—¡Que se vaya todo el mundo!... ¡Quiero estar sola!

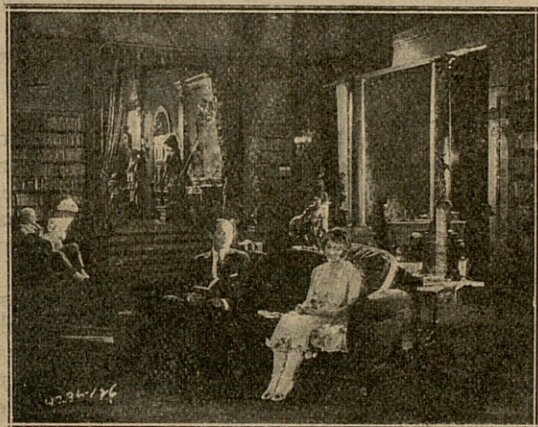
Todos los invitados abandonaron la casa, y unas horas después, cuando el hogar dormía, Lorena se sintió misteriosamente atraída por Mackay, el hombre que le había revelado un mundo desconocido para ella; y sin pensar en las consecuencias de su acto, entró en la habitación donde dormía el oriental, y después de contemplarle con amor, tumbóse a dormir en el suelo, apoyada su linda cabeza en la almohada que había traído consigo de su cuarto.

Kolby, que había oído pasos en el pasillo del piso de las habitaciones íntimas, salió a ver quién estaba allí a aquellas horas, y al sorprender a Lorena entrando en el cuarto de Mackay, se apresuró a ir a avisar a don Henry.

Mackay despertó súbitamente, sin duda al oír el rumor que hizo Lorena, y al verla echada en el suelo, dispuesta a dormir en la habitación, para no separarse de él, para sentirle lo más cerca posible de ella, saltó del lecho y, alarmado, le dijo, empujándola hacia fuera, temiendo que alguien la viese allí:

—¡Váyase de aquí! ¡Esto no debe usted hacerlo!

Lorena le obedeció, pero al salir encontróse con don Henry y Kolby, que la esperaban junto



Al día siguiente, Mackay reanudó sus lecciones a Lorena...

a la puerta. Al verles, Mackay no perdió su serenidad, ya que nada tenía que reprocharse, y Kolby, que deseaba que don Henry dudase de la caballerosidad de su huésped, se llevó un gran chasco, pues sucedió todo lo contrario, limitándose el abuelo a mandar con severidad a su cama a Lorena.

Nada, ni la sombra del más ligero temor invadió el espíritu del anciano.

Al día siguiente, Mackay reanudó sus lecciones a Lorena, que si bien adelantaba, no lo hacía como lo hubiera podido hacer sin tenerle a él a su lado. El profesor era, precisamente, el mayor estorbo que tenía la alumna para instruirse en breves lecciones.

El amor había llamado a las puertas de la linda heredera, y aunque Mackay estuviera convencido de que la quería, se resistía a caer en la tentación, temiendo que su cariño fuese mal interpretado, toda vez que ella era una mujer inmensamente rica...

Sin embargo, a pesar de su prudencia, de su respeto y hasta de su timidez, Mackay no pudo resistir la pasión que le arrastraba hacia Lorena, cuando ésta, acercándose hasta quemarle con su aliento, le ofreció la dulzura de sus miradas y el temblor de sus labios.

Se besaron con delirio; pero en el acto, Mackay, arrepentido de su debilidad, decidió abandonar la casa, por respeto a sí mismo, a su amor, para no sufrir viendo que la malicia de la gente dudaba de la nobleza de sus sentimientos.

Pero don Henry, que le había estado observando desde mucho tiempo, le impidió que se marchase, y como Lorena confirmó, loca de alegría, que lo que sentía por el oriental era amor, verdadero amor, quedó concertado el noviazgo, maldiciéndose a sí mismo el estúpido del abogado.

Para festejar el acontecimiento, anticipo del que uniría el amor al amor, don Henry reunió en su alhajada casa a sus amistades, para pasar una agradable velada.

Lorena no se olvidó de Bimi, y dijo a su futuro esposo:

—Vamos a ver al pobre Bimi. Deseo que te quiera también, como a mí.

Mackay aceptó, y salieron al jardín, donde el gorila había sido encerrado, en lugar de matarle, como pidiera Kolby, en una jaula en que paseaba a sus anchas.

Apenas se acercó Mackay a la jaula, el gorila se le echó encima, teniendo que intervenir Lorena para separarlos antes de que a su novio le sucediera algo malo.

El gorila se agitaba en la jaula, terriblemente celoso, como presintiendo que Mackay le robaba para siempre a Lorena; y al quedar solo, no le faltó más al pobre animal, para hacerle perder toda noción de domesticidad, que el estallido de una tormenta, que le horrorizaba.

Las rejas de la cárcel cedieron a su furia, y libre y loco, buscó a Lorena, sembrando, otra vez, el pánico entre los invitados, arrojándose sobre Mackay, que trató de arrebatarse a Lorena, de la que el animal se apoderó sin piedad, y sobre cuantos intentaron lo mismo, llevándose a la adorada criatura hasta la cornisa del edificio.

Al recobrase, Mackay persiguió al animal, y después de salvar grandes peligros, suspendido y luchando con el simio en el vacío, pudo recuperar

rat a Lorena, y el gorila, en un arranque de desesperación, cayó desde una altura considerable, matándose en el acto, terminando así su pasión monstruosa.

✱

Lorena experimentó un pesar inmenso con la muerte de su pobre Bimi, que había sido para ella un buen protector, mejor que la mayoría de los hombres, pues supo respetarla a pesar de su loca pasión...

Y algún tiempo después, cuando el olvido (lío) paso a la esperanza, Mackay y Lorena señalaron la fecha de su boda, y dando una lección de gramática, conjugaron un verbo muy conocido..

Lo adivinan ustedes, ¿verdad?

FIN

En esta novela exija usted la postal-obsequio de
AILEEN PRINGLE

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela

UNA JOVEN MODERNA

Asunto de actualidad, inmejorablemente interpretado
por los populares artistas BEBÉ DANIELS, JULIA
FAYE, WALLACE REID y otros. Programa Ajuria

Postal-obsequio: RICHARD DIX

32 páginas = Numerosas fotografías

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes: Precio: **30 cts.**

No nos cansaremos de recomendarle a usted sea coleccionista de

Los Grandes Filmes

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

por si no lo es ya.

A los últimos éxitos de **EL ABANICO DE
LADY WINDERMERE, POR LA PATRIA
y AMOR DE PADRE,**

acaba de añadirse el de

EL ASALTO AL AMBULANTE DE CORREOS

Emocionante asunto

Numerosas fotografías

PORTADA DE BUEN GUSTO

64 páginas

PRECIO POPULAR 50 CTS.

IMPORTANTE:**Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:**A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,

Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN